

que, escrita en 1894, llegaba a la edición duodécima en 1912. Preferimos con mucho esta historia de la literatura a cualquiera de las que se escriben en Francia o en el extranjero. Este formidable erudito, autor, del «Manual bibliográfico de la literatura francesa moderna» (1500-1900), escribe en el prólogo de su historia: «La literatura no es objeto de saber: es ejercicio, gusto, placer. No hay que saberla ni que aprenderla, sino practicarla, cultivarla, quererla. La frase más exacta que se ha formulado sobre ella es la de Descartes: «La lectura de los buenos libros es como una conversación que mantuviésemos con las gentes más selectas de los siglos pasados y en la cual nos entregasen lo mejor de sus pensamientos. Los matemáticos—como conozco yo—a quienes las letras divierten, y que van al teatro o toman un libro para solazarse, están más en lo cierto que esos letrados—que también conozco—que no leen, sino que anotan, y creen que han hecho bastante convirtiendo en cédulas todo impreso que cae en sus manos».

No comprende Lanson que se estudie la literatura sino para cultivarse espiritualmente, y porque ello nos proporciona un placer. Es evidente—dice—que los que se preparan para la enseñanza deben sistematizar sus conocimientos, someter a método su estudio, encaminándolo hacia nociones más exactas que las de un simple aficionado. Pero no hay que perder de vista que será un mal maestro de literatura quien no se esfuerce por desarrollar en sus alumnos el gusto por las letras, la inclinación a buscar en ellas durante toda su vida un enérgico estimulante del pensamiento al mismo tiempo que un delicado reposo de la ocupación técnica. A esto hay que tender, no a suministrar respuestas para un examen.

Con semejante propósito está redactado este libro, lleno de claridad y de profundo pensamiento. Su lectura no dispensa, en modo alguno, de la de la obra analizada. No hay en ella relatos de argumentos ni fruslerías eruditas—las indispensables, se refugian discretamente en la letra menuda de las notas—; al autor le importa, sobre todo, presentarnos cómo el pensamiento y la sensibilidad franceses han hallado expresión, cada vez más perfecta, a través de una vieja literatura.

Un libro así no existe entre nosotros. ¿Podrá existir alguna vez? Desde luego, puede predecirse que una historia de nuestra literatura no podrá enfocarse, como la francesa en el libro de Lanson, pensando en las ideas generales y en las orientaciones de conjunto. Lanson descubre la influencia, a larga distancia, que el «Discurso del

método» ejerce sobre Montesquieu, o cómo Rousseau es el retoño espléndido y tardío de gérmenes literarios que viven subterráneos durante el período de academicismo del siglo xvii.

En Francia, tales estudios son posibles; todas las corrientes del arte literario moderno están en relación con el pasado, de tal suerte, que los clásicos no son cosa muerta para las clases, sino que viven sin esfuerzo en el alma de un contemporáneo. Tales rasgos no se dan en la literatura de España, y eso contribuye grandemente a que la historia literaria sirva generalmente de presa a eruditos sin inteligencia y sin corazón. Pero yo estoy seguro de que si aquellos de nuestros jóvenes que tienen aptitud para la historia literaria estudiasen los métodos de Lanson, el hecho no dejaría de tener consecuencias útiles entre nosotros.

Esta es la responsabilidad del nuevo

director de la École Normale Supérieure. Un guía de los espíritus juveniles viene a presidir una institución que hasta ahora produjo resultados admirables para la ciencia y la enseñanza. ¿Implicará tal medida un cambio en su orientación?

Ya que entre nosotros no se piensa en dar cualquier género de preparación al profesorado secundario—por lo menos así ocurre en las letras—, es justo que demos informaciones sobre lo que acontece fuera, para que llegue a conocimiento de los amigos de la enseñanza. Puede ser que algún feliz día haya ministros atentos a la cultura y no sólo a la última bestialidad de cualquier matador de toros.

AMÉRICO CASTRO

(*El Sol*.—Madrid, 7 de enero de 1920).

(Envío de A. Reyes. Madrid).

Congreso de juventudes hispanoamericanas

UNA de las notas más simpáticas entre los trabajos recientes por la aproximación de España a sus antiguas colonias de América, es el Congreso de Juventudes hispanoamericanas que inició el joven comandante peruano don Rodrigo Zárate, y que organiza la juventud hispanoamericana de Madrid para celebrarle el próximo mes de mayo en esta capital, contando con el patronato del rey Alfonso XIII, el Ayuntamiento, el Ateneo, la Unión Ibero-americana, Reales Academias, Asociaciones de estudiantes, Cámaras de Comercio, Industria y Propiedad urbana, Círculo de la Unión Mercantil y otras entidades culturales y deportivas.

Figuran en la comisión, bajo la presidencia del Rey, el Príncipe de Asturias, Presidente del Consejo, Cuerpos colegisladores, principales centros de producción, cultura, *sport* o turismo residentes en Madrid, Ministros de la Corona, representantes diplomáticos de las Repúblicas hispanoamericanas, y autoridades civiles y eclesiásticas de la Corte.

En sus comisiones organizadora y ejecutiva hay brillante representación de la aristocracia, las letras, el periodismo, las corporaciones sabias, el Parlamento, los centros americanistas y la juventud escolar.

Acaba de publicarse un folleto de propaganda, profusamente repartido, que contiene el reglamento y el programa del Congreso, cálidas y vibrantes alocuciones al pueblo español (sin distinción de clases, opiniones, ni credos políticos), a los españoles residentes en América, y, de manera muy señalada, a las mujeres españolas,

«que siempre han ocupado un puesto de honor y de gloria cuando se ha tratado de enaltecer a España, y que en los actuales momentos de renovación, han de ser las que, con su ejemplo preclaro, den la sensación de una política nueva de [paz y de un noble apostolado de amor, que una a los hijos de España con sus hermanos los hijos del Continente americano».

Avalora tal publicación un *Llamamiento a las juventudes hispanoamericanas*, suscrito por don Rafael Altamira, que, por su enorme prestigio en América, como iniciador de las nuevas corrientes prácticas de compenetración entre aquel continente y nuestra Península (las que tanto contribuyó a estrechar en su viaje memorable), y como verdadero *hombre representativo* de la España moderna, para los americanos, es, sin disputa, la más autorizada voz para dirigirse a quienes, aun desde lejos, le reputan como maestro y guía.

«Os llamo a España—dice el ilustre profesor—a vivir durante unos días con la juventud española, para que os conozcáis mutuamente, y de ese conocimiento nazca un afecto firme y bien fundado, una corriente reflexiva y serena de empresas comunes y de relaciones permanentes y fructíferas...

»Alrededor de la Juventud Hispanoamericana nuestros estudiantes todos—no lo dudo un momento—se juntarán para recibirnos, para festejarnos, para conocernos y decirnos cómo ellos son. Veréis sus almas, en tan gran medida parejas con las vuestras, y al propio tiempo veréis a España por vuestros propios ojos, y la juzgaréis por vuestras propias observaciones,